

Respuesta al discurso de ingreso a la Academia Mexicana de Jurisprudencia y Legislación de don Jaime Hugo Talancón Escobedo*

FERNANDO SERRANO MIGALLÓN

Me honra mucho la deferencia que nuestro nuevo académico, don Jaime Hugo Talancón Escobedo, ha tenido al permitirme dar respuesta a sus palabras de ingreso a nuestra institución; honor por cuanto es una muestra de aprecio de las ya muchas que, a lo largo de décadas de amistad fraternal, ha tenido conmigo y, también, porque constituye una frase más en el diálogo de ideas y palabras que nuestra generación ha tenido con la realidad, con otras generaciones y con ella misma.

Para llegar a este momento, don Jaime Talancón, ha atravesado un largo camino, como brillante estudiante de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México y también como su académico; como servidor público atingente y como legislador comprometido. Hoy, lo recibimos como miembro de la Academia Mexicana de Legislación y Jurisprudencia; disertando sobre las contradicciones de nuestro tiempo y sobre la esperanza que todos conservamos de construir un mundo mejor.

Bertold Brecht dijo que si del diálogo con otros hacemos política, del diálogo con nosotros mismos hacemos poesía; don Jaime, como algunos de nosotros, pertenece a una generación cuyo diálogo interior ha producido una poesía que todavía no dice su última palabra; una poesía que, atormentada a veces y diluida en otras, se encontró de pronto, a mitad del camino de una transformación que quiso producir

* Discurso leído el 19 de junio de 2007 en la capilla del teatro Helénico en la Ciudad de México, Distrito Federal.

pero que no concluyó del todo y de otra más que se estableció en el mundo sin haberla deseado.

La nuestra es una generación que creció sometida a los más contradictorios vientos de la historia; hoy, ya en madurez, sabemos que fuimos parte de un mundo que se extinguía y también de otro que comenzaba y cuyo rumbo —tal vez con la mayor violencia de la historia— se decidió sin el concurso de los pueblos que debían cumplirlo. Educados y formados por la generación que había comprometido su destino luchando por construir un mundo mejor.

Educados en la Facultad de Derecho de la UNAM, en el orgullo y el honor, crecimos conforme al credo de valores que para nosotros eran incontestables: patria, solidaridad, nación, república y libertad. Tuvimos siempre la conciencia de habitar un mundo dividido; transido entre dos inmensos poderes cada uno con virtudes públicas y vicios ocultos; uno que amparado en la libertad violentaba toda noción de justicia; otro que en su lucha por la igualdad y la justicia irrumpía violento en las libertades. Vivimos en un continente partido por las dictaduras y los autoritarismos, un continente en el que, para muchos países y por muchos años, pensar era un crimen y leer un acto de rebeldía; mientras que los mexicanos abríamos las puertas a los exiliados de todos los pueblos del continente —incluidos los Estados Unidos—; vivíamos en carne propia una más de esas divisiones.

La nuestra fue la generación que encarnó esa contradicción entre el México que fue y el México que quisimos lograr; fuimos aquella generación que en una algarabía esperanzada supo poblar las calles con ideas y palabras; aquí y en París, en Madrid y en California, en Praga y en Boston. Una generación que, después de esos días, tuvo que volver a sus escritorios a estudiar y a prepararse para que, la siguiente vez, ya sin el privilegio de la juventud, tuviéramos una oportunidad más de transformar el mundo.

Así pues, el drama de nuestra generación es el que, valiente y claramente ha retratado el Académico Talancón, esa nueva oportunidad se negó a llegar, porque el mundo que se ofreció a nuestra madurez era distinto de aquel en el que habíamos crecido, porque este valiente tiempo nuevo, como lo llamó Carlos Fuentes, parecía prescindir de todo cuanto fuera su propia inspiración destructiva y homogeneizadora.

La tradición política y social de occidente se ha enfrentado, en los últimos años, a un nuevo valor que antes parecía inocuo y hasta frívolo y que, a partir de la década de 1980, se convirtió en puntal de la nueva cultura y la nueva filosofía: ese valor era y es, la novedad.

La velocidad que los medios de comunicación y las nuevas tecnologías introdujeron en la vida cotidiana; el desprestigio de las formas institucionalizadas de la política —más por sus actores que por sus instituciones— contribuyeron a pensar que, al contrario del lugar común, todo tiempo futuro sería mejor; el hecho es que hoy, a tres décadas ya de convivir con términos como post modernidad y globalización; aquel mundo dividido sigue subyacente en la realidad y en nuestras conciencias.

Al rendir culto a la novedad, a la velocidad y a la transformación; los paradigmas políticos de nuestro tiempo ha pretendido olvidar el sentido orgánico de la historia y de la cultura. Lo nuevo, en la cultura y en la sociedad, es también un largo proceso de cambio; todos somos hijos de nuestro tiempo y de nuestra circunstancia; al pretender el sometimiento de los poderes del Estado a los del mercado, la industria y el tráfico internacional, la globalización ha querido olvidar que el Estado por sí mismo, no ha sido una imposición, sino el producto de cientos de años de evolución política.

Es fácil destruir el pasado, de hecho, cada generación sucumbe en mayor o menor medida en esa tentación; lo difícil es construir el futuro. Antes de derribar los cimientos de un edificio, es necesario tener conciencia clara de los nuevos cimientos que habrán de ponerse y es importante también una idea clara del que se quiere construir en su lugar.

Hoy, celebramos libertades que otras generaciones no conocieron; la equidad de géneros está mas cercana que nunca; el derecho a saber y conocer puede ser satisfecho de muchas maneras y la posibilidad de beneficiarse de los adelantos tecnológicos es una realidad que alarga la vida de muchos y que ofrece satisfactores antes no imaginados y, sin embargo, no parece que vivamos un mundo más justo ni una sociedad más equilibrada.

Hoy estamos próximos a ver los primeros juicios proveídos por la justicia universal; existen un mayor número tratados internacionales que en cualquier momento de la historia; tratados internacionales, acuerdos de complementación económica y zonas de libre comercio

permiten flujos de capitales, mercaderías y personas en volúmenes inéditos y, sin embargo, la riqueza parece estar distribuida de manera más injusta e inequitativa que en otros tiempos.

Todo esto nos conduce a preguntarnos qué es en realidad lo que ha fallado, si los actores políticos o las instituciones que representaban; si en realidad el mercado puede satisfacer las necesidades de la política y de la sociedad y si la sociedad, sin el Estado es una realidad posible.

Jaime Hugo Talancón nos ha propuesto este que es el enigma de nuestro tiempo; en el fondo, lo que ha hecho es reclamar la oportunidad de la cultura política para volver al escenario de la convivencia; ha presentado un alegato a favor de la ley en detrimento de las coyunturas.

Para nosotros es una enseñanza, para nuestra época un testimonio y para la Academia, un honor que acompaña a la satisfacción de recibirlo hoy.

Muchas gracias.